

# Aragón en el mapa

Un mapa está siempre orientado a una intención, explícita o no. La exposición 'Aragón en el mapa' reúne más de setenta interesantes piezas, antiguas y modernas

A caso se sorprendan en Cataluña los nacionalistas efervescentes, pero en Europa a la Corona de Aragón la llamaban... Corona de Aragón. Que así era en el siglo XVII y en el XVIII, lo prueban, por sí solos, dos mapas que pueden verse estos días (junto a otros setenta) en el Museo de Zaragoza, y sin pagar. Uno es de 1653 y el otro, de hacia 1780. En lindas cartelas se leen sus títulos (en francés): «Los Estados de la Corona de Aragón en España en los que figuran el reino de Aragón, el principado de Cataluña, el reino de Valencia y las islas de Mallorca» y «Estados de la Corona de Aragón en el que se encuentran los reinos de Aragón (...)». En este segundo, de 63 cm de ancho, la cartela va coronada por un emblema heráldico solitario, considerado por doquier el más característico de la Corona: las cuatro barras rojas del señal real de los Aragón. Esta pieza se conserva en el Archivo Histórico Provincial de Teruel.

La Real Academia recoge la expresión 'borrar del mapa' como sinónimo coloquial de matar, pero no ha registrado 'poner en el mapa' para significar que algo o alguien se ha hecho visible cuando antes no lo era. 'Aragón en el mapa' es el título, amablemente ambiguo, de la interesante muestra cartográfica discursiva por el Instituto Geográfico de Aragón (IGA), organismo del que soy devoto seguidor desde sus orígenes. El Instituto se ha nutrido muchos años de especialistas formados en el Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio de nuestra Universidad. Se nota que su director, Fernando López Martín, a la vez comisario de la exposición, es uno de sus doctores y sabe qué significa y entraña un mapa.



—HERALDO

**La exposición 'Aragón en el mapa' permite al visitante, a través de setenta y dos piezas, ejercer de 'aragonauta'**

El mapa no es solo un acercamiento gráfico a la realidad física; el modo en que se haga no es indiferente, ni su intención: hay mapas que 'demuestran' tesis políticas o de otra clase, o son soportes propagandísticos. También son significativos sus rótulos, complementos gráficos, alegorías, sus formatos, sus autores, los lugares elegidos para que figuren en él (y, por ende, los descartados), la consignación de los topónimos en tal o cual forma o lengua, las claves, las escalas, el tipo de impresión o técnica gráfica y, así, un sinfín de detalles

que convierten a un mapa en una fuente parlanchina y muy comunicativa para quien la sepa interpretar.

**El mejor mapa de Aragón**

Puede verse en la exposición la imagen cartográfica más antigua de Aragón, un mapa que es también el primero hecho en España que merece ser llamado obra científica. Se confeccionó tras recorrer su autor largamente el reino y con medición precisa de distancias in situ. Admirable tarea del portugués Juan Bautista Labaña, o Lavaña, cartógrafo de Felipe III, rey de España y Portugal a la vez, estudiado por Ubieta Artur (Anubar) y Hernando (IFC). Se lo encargaron en 1615 los diputados del reino, que necesitaban un útil solvente para mejor go-

bierno del país. Labaña lo acabó en 1619, de modo que va a cumplir cuatro siglos. Del Labaña, como lo llaman los expertos, se hicieron ediciones durante decenios. En la exposición hay un ejemplar de gran porte (116 x 99 cm), recién restaurado del grave deterioro que padecía. Perteneció a la parroquia borjana de Santa María y San Bartolomé. Tiene una atractiva peculiaridad: en sus dos anchos márgenes laterales, con letra pequeña, pero legible, hay una 'Declaración sumaria de la historia de Aragón para inteligencia del mapa', o sea, un resumen de la historia de Aragón escrito por Luperco Leonardo de Argensola, que fue cronista del reino. Lo cual -imagen y texto- convierte a la pieza en una especie de enciclopedia sobre Aragón. Se adorna, además, con los escudos de los estados colindantes: los reinos de Castilla, Navarra, Francia y Valencia y el principado de Cataluña (la conocida combinación de cruz y barras).

Hay mapas divertidos, con trajes regionales, listas de hijos ilustres, microdibujos de las ciudades, explicaciones que revelan qué se consideraba importante por el autor, etc. Y, claro, otros de ahora mismo, espectaculares, e incluso una mesa manejable por el visitante con atractivas herramientas informáticas.

Es sabido que Rembrandt, modelo para Goya, no dejó de retratarse durante toda su vida, como si no se acostumbrase a su propia transformación continuada. Aragón es objeto de una experiencia semejante en esta muestra: siempre el mismo, nunca igual.

Hace poco leía esta nota de Andrés Ortiz-Osés, en su, por ahora último libro, que remite a un asunto similar: «Montaigne distingue entre yo y yo mismo» ('La razón del amor', ed. Sapere Aude). Podemos, ante esta colección de retratos geográficos de Aragón, apreciar esa clase de diferencia: ahí están Aragón y Aragón mismo. La exhibición tiene el mérito añadido de no ser dispendiosa. Y permite al espectador (el término es también de Ortiz-Osés) ejercer de 'aragonauta'.